

CONOCÍ a don Pío Baroja en dos grandes momentos de su vida. La primera vez, la del hombre humilde, errante y arisco, en los largos días de su voluntario destierro en París, durante la Guerra Civil española; la segunda, la del hombre humilde, quieto y arisco, en Madrid, en 1952, cuando la muerte ya le andaba rondando el sillón en el que reposaban sus últimos años, sin

de la Cité Universitaire de París, calada su boina vasca y vaga su sonrisa melancólica. Mi memoria repite sus actos, sus frases, sus eternas protestas. Le oigo hablándome del miedo que padeció durante la guerra o diciéndome entonces: *“Nosotros no tenemos en España un enemigo, sino dos: los blancos y los rojos, que cada cual a su manera quiere hacer nuestra felicidad*

## Evocación de Don Pío Baroja

*María de Villarino*

otro cambio aparente que el del desgaste de su energía física.

Tenía ochenta años. El lo dijo: *Ya vamos quedando pocos en la brecha de la llamada generación del 98, a la que yo he titulado “generación de malhechores”. Yo soy más viejo que Azorín; pero Benavente es más viejo que yo pues tiene ochenta y cuatro años y yo ochenta.*

¡Ochenta años!, me digo un poco silenciosa por dentro. Y en ese silencio vuelvo a recorrer los viejos caminos andados en su compañía muchos años antes de ese nuevo encuentro.

Son las pequeñas grandes cosas del carácter, del quehacer y ser cotidiano las que dibujan el recuerdo de los que se han ido y lo perfilan y aclaran con nitidez de retrato como el que precede estas líneas. Algunas de esas pequeñas grandes cosas recordaré aquí.

Lo veo la primera vez acarreado su bandeja en el comedor del Collège

*metiéndonos en la cárcel”. Me llegan después las frases de una carta: “La vida sin libertad es una porquería”... “Ya que somos un poco bestias, seamos por lo menos bestias pacíficas”. Luego, en rueda de amigos, las voces de un diálogo que él enriquece: “Existen tres morales: la moral del caballero, la moral legal y la moral del santo. Yo creo tener solamente la moral del caballero y, desde luego, la moral legal”. “Que no tiene usted”, le replican. “Vamos, pero que me obligan a tenerla. Y en cuanto a la moral del santo, nunca me he atrevido a tanto”.<sup>1</sup>*

Lo veo después, siempre activo, andariego, guiándome sin plan ni itinerario por los barrios de París, deteniéndonos ante sus casas con historias del pasado que le agrada repetir: la casa donde Manuel y Antonio Machado vivieron en el 98; la que habitó Verlaine en la época de su última miseria y abandono; el bar “La Sour-

<sup>1</sup> Diario LA NACIÓN, Buenos Aires, 9 de julio de 1939.

ce" desde donde el poeta de los "Poème Saturniens" enviaba a los amigos sus esquelas apremiantes solicitando unos míseros francos para su alcohol; aquellas tristes y humillantes esquelas que se vendían después de su muerte, ¡Oh, ironía!, por sumas que hubiesen cubierto su miseria hasta el fin de su vida; el café de Saint Lazare donde los proscritos españoles, Darío, Wilde y tantos más se consumían de nostalgias, aguardiente, fracasos.

Lo veo revolviendo librerías, tratando de hallar alguna novedad que le permitiese escribir artículos para "La Nación" de Buenos Aires y sacrificar gajos de su pobreza enviando dinero a los suyos, a los que habían quedado en España; veo los puños de su camisa, gastados... Después, aquellas incursiones por el *Marché au puces* mezclándonos al fárrago de tanta mercancía heterogénea; aquel andar incansable por el antiguo cementerio de *Père Lachaize*, deteniéndonos ante las viejas tumbas, bajo una dorada lluvia de hojas de otoño que se estremecían como pájaros heridos entre las altas hierbas y las grietas de los sepulcros abandonados: Balzac, Molière, Lafontaine, Hugo, Chopin, Oscar Wilde, Delacroix; la tumba de Abelardo y Eloisa, la de Alfred Musset sobre la que cae el llanto de un sauce.

Lo veo andando, andando...

Salíamos los domingos desde la mañana. Yo casi tras su paso apresurado para alcanzar el "metro" que nos llevaba desde la Cité Universitaire al centro de la ciudad. Caminaba con paso diligente, un poco agobiado, con las manos enlazadas atrás, el cuerpo inclinado hacia adelante como luchando con un viento imaginario. Después,

al mediodía, el *restaurant* español (no podía hablar francés y protestaba contra el idioma). Lo veo dejar su sombrero en una percha, sacar del bolsillo su boina y ponérsela para almorzar porque "*es fácil constiparse con estos fríos de París y uno ya no está para eso*".

Y lo veo a la tarde, después de un paseo por las riberas del Sena, cruzando el Petit Pont, mirar a los eternos pescadores sin cosecha y expresar: "*Se rá cosa de ponerles un pececillo de esos de plata para ver lo que pasa...*" Y reír con esa risa que cuando recorre un tramq más de buen humor le invade todo el rostro con gran profusión de arrugas, y le deja cierto asomo de picardía infantil.

Y lo veo al anochecer perderse solitario por el Boulevard Saint Michel de regreso al Collège d'Espagne...

Vuelvo de mi silencioso viaje por el recuerdo, que quizás sólo ha durado unos minutos, y encuentro otra vez allí, en presencia, a don Pío Baroja sosegado en un sillón, cubierto desde sus rodillas con una manta escocesa y con su eterna boina encasquetada como cuando "uno podía constiparse". Lo veo quieto y esto me hace sentir una tierna tristeza que trato de disimular. El viejo andariego, el malhumorado que escondía en acritud aparente la naturaleza afectiva de su corazón, el que siempre estaba contra todo ya no podía andar contra los años, ni contra esa impiedad del tiempo que, ante los cambios de los otros, nos hace saber que algo de nosotros también ha pasado.

Pero lo oigo hablar. ¡Oh alegría!

## SEMBLANZA

Su espíritu no ha cambiado. Allí está él mismo, mentalmente atareado; al día con la última literatura del mundo (que un joven escritor allí presente, ignora); al día, o mejor, contra el día de la política de su país; allí está gruñón como siempre, con sus candentes opiniones contra la censura que le impide publicar un libro "a pesar de haber tomado todos los recaudos necesarios contra las previsiones esclavizantes del sistema". Allí está como antes estrellándose contra todo el *eterno incoincidente* como lo llamo, calificación que festeja con su sonrisa de hombre bueno.

Y entre ese ir y venir de protestas y críticas agrias se vuelve a un tema de comentarios serios y sarcásticos de los círculos literarios de todo Madrid: Azorín acaba de declarar públicamente que se retira de la literatura y que en lo sucesivo sólo se propone ir al cine, descansar. "Escribir es muy difícil", ha expresado como explicación de su retiro y su fatiga, el hombre de la prosa fácil y limpia que Baroja califica "prosa de brillantez y claridad". *Pero claridad —agrega— quizás excesiva pues en la naturaleza y en la vida hay cosas oscuras que no pueden pa-*

*rècer claras... ¡Dichoso Azorín que puede retirarse! Yo seguiré escribiendo hasta que pueda. Esto de escribir es, en España, una actividad miserable. Se acaba envuelto en la última cuartilla.*

Cuando decido despedirme, se pone de pie y me acompaña hasta el rellano de la escalera de su piso alto y me pregunta si volveré. Le contesto que me iré de Madrid ese día. Entonces me responde con un *adiós, adiós* emocionado. Comprendo su sonrisa, su voz de despedida.

Ahora lo veo desde su vida ante aquella pared de libros que se asomaba a la calle del Boulevard Jourdan a través del corazón de luz de un ventanal en el que parecía hacerse tangible el frío azul de la meseta castellana.

Y lo veo desde su muerte, rodeado por los amigos que lo visitaban o leyendo y escribiendo afanosamente hasta el minuto final. Y me digo que es preferible morir de la propia muerte como quería Rilke, no como Azorín, sino como murió don Pío Baroja envuelto en la última cuartilla.